

ENCUENTRO ENTRE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, LA REAL ACADEMIA GALLEGA, EL INSTITUT D'ESTUDIS CATALANS Y EUSKALTZAINDIA / REAL ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA

Madrid, 20 de mayo de 1985

Fr. Luis Villasante

Existía un viejo proyecto o deseo de establecer reuniones periódicas entre las Academias de las diversas lenguas de España para estudiar los problemas de interés común y buscar una mutua colaboración y coordinación. Este deseo se ha materializado en una primera reunión tenida el 20 de mayo de 1985 en la sede de la Real Academia Española. Por Euskaltzaindia acudieron el Presidente, el Secretario, los académicos Sres. E. Knörr, J. San Martín. Del Institut acudieron los Sres. Badia Margarit, Carbonell, etc. De la Academia Gallega el Sr. Sabell, Piñeiro, etc. Por la Real Academia Española los Sres. Lain Entralgo, Zamora Vicente, A. Tovar, Lázaro Carreter, etc. Se hizo un repaso a los problemas que la convivencia de las diversas lenguas suscita y al modo de abordar y resolver dichos problemas. Todos estuvieron de acuerdo en la conveniencia de institucionalizar estas reuniones. Se decidió también que la próxima tenga lugar en Santiago de Compostela. La reunión terminó con un almuerzo ofrecido por la Real Academia Española.

El Presidente de Euskaltzaindia leyó en la sesión las siguientes palabras de saludo.

Palabras del Presidente de Euskaltzaindia

Queridos compañeros y colegas de afanes y fatigas en las diversas Academias de las lenguas de España:

No quisiera incurrir en una vulgaridad al decir que éste es un día histórico. Lo digo sintiéndolo y teniendo conciencia de la verdad de lo que digo. Los que hemos venido del País Vasco somos conscientes de lo transcendental de este paso. Creo que es la primera vez que se celebra un acto de este género y a este nivel. Y creo sinceramente que estas reuniones, si llegan a madurar y a consolidarse, están llamadas a producir grandes frutos para bien de todos. Frutos en el sentido de una mayor coordinación en el trabajo de las diversas Academias, frutos de una mayor comunicación de bienes, de comprensión, de respeto, de convivencia y afecto, de apoyo mutuo y de una eficaz defensa de los intereses que nos son comunes.

Debo ante todo dar las gracias a la Real Academia Española por habernos recibido en su casa y haber hecho posible este encuentro de las otras lenguas de España con aquélla que por antonomasia todos llamamos española. Pienso, como he dicho, que el hecho de hoy, si de algún modo se regulariza, constituye un verdadero aconte-

cimiento y presagio venturoso. Quiero recordar en estos momentos que ya en los primeros años de existencia de nuestra Academia dos preclaros miembros de ella, D. Resurrección M.^a de Azkue y D. Julio de Urquijo, fueron nombrados académicos de número de la Española.

Y paso sin más al tema de este primer Encuentro: “Bilingüismo, diglosia, educación”. Apenas podré hacer más que arañarlo. Los otros compañeros de nuestra Academia lo abordarán también desde ángulos diversos. Aun así solo podremos desbrozarlo. Pero tal vez para un primer encuentro sea suficiente.

* * *

Sin duda, entre todas las lenguas de España el euskara o vascuence es el que presenta unas características que hacen de él un caso un tanto o un mucho singular. Alguna vez he dicho yo que esta singularidad constituye, a la vez que su debilidad, también su fuerza. Como introducción al tema parece obligado decir algo sobre esto.

La singularidad de esta lengua es su debilidad, pues al ser por su estructura, origen, etc., muy distinta de todas las del entorno, esto le crea serias dificultades para subsistir. D. Antonio Tovar, aquí presente, escribió una obra *El euskera y sus parientes*, pero él mismo se cuida de advertir que no se trata de parentesco genealógico, sino de parentesco, por así decir, por afinidad, o sea, por contactos geográficos e históricos prolongados. La vasca es también, sin duda, la lengua que de las cuatro cuenta con menos hablantes (600.000 se suele decir) y cuyo territorio se ha ido reduciendo y estrechando cada vez más. Aun dentro del llamado País Vasco existen amplias zonas donde desde antiguo la población no conoce esta lengua y otras zonas en que la ha perdido en épocas documentalmente constatables y próximas a nosotros. Por usar unas designaciones que han sido divulgadas por el señor Julio Caro Baroja, mientras el llamado “ager vasconum” se romanizó en época temprana, el “saltus vasconum” por el contrario, mantuvo la lengua de la estirpe, y la dualidad ha seguido hasta hoy.

También parece innegable —y esto lo ha señalado repetidas veces D. Ramón Menéndez Pidal— que un cierto parentesco, diríamos genealógico, se da precisamente entre el castellano y el vascuence, debido sin duda a que los vascones tuvieron gran parte en la creación de Castilla y del romance castellano, y al romanizarse traspasaron a su nueva lengua no poco de su herencia atávica; pero, en fin, se trata más bien de coincidencias de sustrato.

De todos modos, como decíamos, el “saltus vasconum” mantuvo la lengua, pero la mantuvo en un estado, por así decir, natural y silvestre, ya que para los usos nobles, oficiales, etc., parecía obligado el latín, y, más tarde, los romances. Parece también claro que los Fueros ayudaron mucho a la conservación de la lengua, por cuanto dificultaban grandemente el asentamiento de inmigrantes en el país (aparte de que tampoco éste poseía riquezas que pudieran excitar la codicia de los extraños).

El Renacimiento, que en principio quería ser una vuelta a las lenguas sabias y cultas de la antigüedad, paradójicamente contribuyó a un despertar del sentimiento del valor de las lenguas populares hasta entonces poco o nada tomadas en consideración, y es ahora cuando, con el favor de los nuevos vientos que corren, aparecerá el primer libro vasco *Linguae Vasconum Primitiae*, de Dechepare (1545). El hecho de que los Protestantes adopten las lenguas populares para sus actos de culto, etc., influirá, sin duda, para que también la Iglesia Católica, desde Trento al menos, preste atención a ellas, de lo que también saldrá beneficiado el euskara. Pero pese a todo, no

cambiará la tónica general de la lengua, que sigue viviendo en un estado un tanto selvático, con poco cultivo, sin acceso a la escuela, etc.

Al producirse en la época actual la industrialización y la inmigración en dosis masivas, su misma supervivencia queda seriamente amenazada, pues se trata de contacto de dos lenguas que no están en el mismo plano, ni tienen igualdad de oportunidades: la una, lengua poderosa de cultura, muy extendida en el mundo, con grandes medios para su difusión, aprendizaje, etc., y la otra enteramente desvalida y que arrastra una cierta o considerable dosis de inadaptación para servir de vehículo a la compleja civilización moderna. Su naturaleza alógena, por así decir, le crea una dificultad o repugnancia para compartir, sin más, las riquezas del patrimonio común románico; esta repugnancia se ve agrandada por un cierto sentimiento purista exacerbado; sentimiento que a veces por reacción hace ir al otro extremo, pero entonces el remedio puede ser peor que la enfermedad, puesto que la lengua misma podría desintegrarse; por otra parte, al vasco le pasa que no tiene, como los romances, otra lengua de su familia de la que pudiera beneficiarse. Añádase que aun dentro de su pequeña extensión se halla dividida en variedades dialectales y que su mismo cultivo literario ha estado marcado con este signo dialectal. Todo esto es lo que llamaríamos su debilidad.

Pero hemos dicho que la naturaleza un tanto alógena del euskara constituye, a la par que su debilidad, también su fuerza. En efecto, el hecho de que el euskara sea tan distinto o diferente contribuye a meter al vasco por los ojos la singularidad u originalidad de su etnia; dicho con otras palabras, hace que vea en el idioma algo así como el espejo de su identidad como pueblo. De aquí que adquiera conciencia del valor que para él representa este idioma, que quiera conservarlo y aprenderlo, si lo ha perdido. A veces leemos en la prensa comentarios jocosos ante razonamientos que parecen irracionales; así, por ejemplo, la salida de aquél que protestaba porque ya desde antes de nacer se le había privado de su lengua materna. Seguramente este razonamiento es disparatado; pero hay en él un fondo de verdad, y de todos modos revela un sentimiento que merece ser respetado y tomado en cuenta. Muchas veces este sentimiento de la lengua está más vivo en los vascos que no hablan ni conocen su idioma, pero le prestan su adhesión y afecto. El fenómeno del *euskaldun berri*, del vasco-hablante que ha aprendido la lengua en edad adulta es nuevo y es reflejo de lo que venimos diciendo.

En este estado de cosas surge la preocupación de que hay que hacer algo por salvar de la catástrofe este patrimonio heredado desde la más remota antigüedad, pero seriamente amenazado. Se lanza la idea de que hay que crear una Academia que se ocupe de regular las cosas de esta lengua. El primero que la lanzó al público parece que fue Aizquibel, un azcoitiano, pero que vivía en Toledo, y lo hizo en un libro que apareció precisamente aquí en Madrid en 1856.

Pero pasarán muchos años hasta que la idea se plasme en la realidad. Fue justamente en 1918 cuando las cuatro Diputaciones del país —Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya— acuerdan de mancomún crear esta Academia, respaldarla, sostenerla, etc., y en 1976 S. M. Juan Carlos I, en Consejo de Ministros celebrado en Barcelona, firmará el Decreto por el que le otorga reconocimiento pleno como institución pública.

Hay que confesar humildemente que nuestra Academia tiene ante sí una tarea ingente y que el resultado o desenlace final es incierto. Alguna vez ha dicho Michele-

na que nuestros antepasados nos dejaron en herencia una carga excesiva para nuestros hombros. Muchas veces la Academia ha tenido que encargarse de tareas de suplencia, es decir, de cosas que en una situación normal no tendría por qué hacerlas ella, pero que eran urgentes o inaplazables, y al no haber otro que las pudiera hacer, tenía que apechugar con ellas. Tómese nota de que el País tampoco ha tenido Universidad hasta ahora.

* * *

Con la autonomía surge algo nuevo, totalmente inédito, que abre perspectivas insospechadas hasta el presente. Desgraciadamente se desata al mismo tiempo una ola de violencia que —aparte de la quiebra de valores morales que supone—, como ha dicho el Sr. Ardanza, a nadie hace más daño que a los propios vascos, enrarece el ambiente, endurece las posturas y hace difícil la discusión y solución serena de los problemas.

La Constitución en su artículo 3 n.º 2 dice: “Las demás lenguas españolas serán también oficiales en las respectivas Comunidades Autónomas de acuerdo con sus Estatutos”.

Todo esto, como es obvio, abre unas perspectivas nuevas y venturosas también para el euskara. Pero hace falta que toda España tome conciencia de esta realidad, comprenda y acepte que también las otras lenguas son un bien de España. Con frecuencia se comprueba la desinformación que continúa existiendo. Precisamente, con el fin de contribuir a superar esta desinformación, D. Guillermo Díaz Plaja solicitó mi colaboración y no dudé en prestársela para un libro que publicó con noticias de autores y trozos de textos de la literatura vasca, destinado a los estudiantes de BUP. La información sobre las otras lenguas de España es imperiosamente necesaria y fuerza es confesar que los propios vascos hemos hecho poco para ofrecerla.

Creo haber leído u oído que existen personas bilingües, pero no países bilingües. A mí me parece evidente que en nuestro caso este bilingüismo del país, no ya solo de las personas, resulta innegable.

En estos últimos años se ha extendido y ha tenido una cierta fortuna entre nosotros la palabra “diglosia” para expresar lo que allí sucede. No creo que el significado propio de esta palabra sea precisamente el que con ella se suele querer expresar cuando allí se menciona este término. Me parece que cuando allí se dice “diglosia” se suele querer decir contacto o superposición de dos lenguas en un mismo territorio, pero de dos lenguas que no se hallan en el mismo plano ni en posesión de las mismas virtualidades, oportunidades, etc., y cuando esto ocurre, claro está, la que se halla en situación de inferioridad, sale perdedora de la confrontación.

Ante un tal estado de cosas, si se quiere el salvamento del euskara, es claro que debe dotársele a éste de medios, que, en una sociedad como la actual, resultan indispensables, y que además se fortalezca, equipe y capacite a la lengua misma para que sea instrumento hábil para el rodaje. Para todo esto se requiere evidentemente tiempo. Creo que mucho se está haciendo.

Y toda esta labor habrá que hacerla respetando las reglas del juego marcadas en la Constitución, aunque algunos artículos tal vez no nos gusten y otros sí, y respetando por encima de todo los derechos del hombre, no de un hombre abstracto o ideal, sino del hombre concreto de carne y hueso, que, como dijo el Concilio, es la única

criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma (G S n.º 24). Lo que quiere decir que nada, ni la lengua, se debe poner por encima de él.

Creo que con esta exposición muy a grandes rasgos se da una primera idea del contexto vasco. Parecía necesario conocer dicho contexto antes de descender a los puntos particulares que tocarán mis compañeros de Academia aquí presentes.